

La Democracia

Ponce, Sábado, Agosto 8 de 1891

PEDIMOS LA PRUEBA

La Balanza reproduce nuestros artículos La verdad sobre un meeting y Dignísima actitud, pretendiendo que entre los dos trabajos existe un dualismo que nosotros no alcanzamos a descubrir.

Y como es preciso que el colega patentice la exactitud de sus afirmaciones, porque de otro modo nos daría motivo para suponerle ignorante ó malévolo, le invitamos á que concrete sus juicios y á que señale los puntos de contradicción, de tal guisa, que se destaquen con fuerza y surjan claros y evidentes ante la mirada escrutadora del público.

Concedemos al periódico incondicional muy buen sentido; y por su propio nombre—ya que no por la corteza que nos debe—accederá á nuestra súplica, desmenuzando, frase por frase, los párrafos en que reside el vicio que nos atribuye.

Venga al palenque La Balanza; descubra su arsenal de silogismos escolásticos; aperceba sus razonamientos poderosos, y pruébenos que no estamos conformes con nosotros mismos. Ninguna ocasión más propicia si quiere ejercer sus facultades críticas y sus talentos profundos.

No basta condenar ex-cathedra y sentar como dogma lo que ni aún alcanza los honores de opinión discreta: es necesario ir más al fondo y establecer la verdad sobre bases algo más sólidas que un maquiavelismo trasnochado y cursi.

Cuando dice La Balanza que en el trascenso de cuarenta y ocho horas varía de criterio LA DEMOCRACIA, nosotros exigimos que se demuestre, con nuestros escritos y con el comentario que ellos sugieran, donde están esos dislates de que se nos acusa.

En La verdad sobre un meeting nos proponíamos decir—y digamos muy alto—que no era decoroso para los autonomistas electos, aceptar una elección sin prestigio.

En el sueto Dignísima actitud, aplaudíamos al señor Arrillaga, que se mostró de todo en todo identificado con nuestra manera de apreciar los acontecimientos.

Ya lo sostuvimos antes: el segundo artículo es consecuencia lógica y natural del primero, y lejos de contradecirse los dos mutuamente, se aclaran y se complementan y tienden á un solo objeto y definen un solo principio.

Las necesidades de la lucha, acaso la falta de asuntos para un editorial efectista, guiaron á La Balanza, de ordinario tan circunspecto y cortés. Nosotros lamentamos la ligereza del periódico adversario; pero tratándose de nuestro crédito como escritores

nos duelen prendas y que sabemos llamar al pan pan y al vino vino

Reflexione La Balanza y verá que nos sobran razón y derecho para ser intransigentes, ahora que, sin más ni más, hay quien nos acuse de contradicciones que nadie encontrará en las columnas de LA DEMOCRACIA.

Respetamos los fueros del compañerismo; pero no toleramos que sobre nosotros pase la inexactitud. Tiene la palabra el órgano integrista.

ADISTRO Y SINISTRO

Un cablegrama de Madrid:

Julio 21.—El gobierno hará extensivo á las provincias de Ultramar la ley que dispone el aumento de los sueldos de que disfrutaban en la actualidad los jefes y oficiales del ejército.

Por ahí conviene la asimilación. Imposible que extienda el sufragio á los territorios de Ultramar; imposible que nos asimilen el jurado.

Pero nos obsequian con la creciente de los sueldos, y son capaces de regalarnos la contribución de sangre.

Somos felices, muy felices, extraordinariamente felices, y nos quejamos aún.

El jornalero agota sus energías en la faena diaria, bajo la lluvia y bajo el sol.

El industrial se agita sin tregua, llenando de ruido los talleres con el martilleo constante del trabajo.

Y es inútil la fatiga, porque el fisco uerpa los productos mejores de la actividad humana.

¿Llega el instante de conceder una prerrogativa?

Pues las masas no merecen consideración ninguna; las masas no pueden votar. En el montón anónimo no hay hombres; hay cosas.

¿Llega el instante de crear un impuesto, de aumentar un tributo?

Pues las masas pagarán; las masas son excelentes para eso; para hacer los capitales, los patrimonios, las fortunas, que luego sirven á sus propios opresores.

Estábamos en un trío: Ahora, con ese aumento que no es un grano de café, se acabará el descontento y se salvará el país.

Otro notabilísimo cablegrama, que recomendamos al celo exquisito de nuestro alcalde:

Julio 30.—El Gobierno ha resuelto prohibir el baccarat en los Casinos de San Sebastián, en vista de los escandalosos comentarios que se hacían sobre la tolerancia que las autoridades observaban en este asunto.

Mientras en San Sebastián se prohibe el baccarat, en otras ciudades del planeta la policía comercia con el juego de un modo que escandaliza y asombra.

Hay casas, que la opinión señala, con el dedo, en que al rededor del tapis vert se reune noche tras noche los jugadores, para entregarse con toda libertad á sus ejercicios montuosos.

Unas pagan DIEZ Duros diarios, otras pagan seis, otras dos, y así se hacen ricos los agentes, y se perturba el orden, y se vician las costumbres, y prosperan las malas artes.

Fuerte es la contribución; pero no importa. Grandes sumas produce el contrabando infame; pero es sabido que lo prohibido vale mucho.

Juega—dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

¿Juega, dice uno, diez y la vigilantes— dice otro.

Y es de ver como los agentes que se encargan del repeso cobran de los picadores una asignación cotidiana, y entre todos están al consumidor inocente.

El engaño y el robo están en aquellas fatiditas á la orden del día. No hay pruebas, y la gente se escusa de acusar á los preparadores, que de seguro llevarían á los tribunales como reo de atroz calumnia, al que dijera la verdad sin rodeos.

No solo en las casas de juego y en el rastro de carnes desarrolla el pólipo del latrocinio sus rudos tentáculos, si que se extiende á distintos ramos de la administración.

Tiendas que pagan seis ú ocho pesos á ciertos negociados municipales, las libran de pagar ochenta ó más al Municipio y al Estado, se ven por los barrios extremos con frecuencia.

Y así cien y cien medios de exprimir, de explotar, de hacer riquezas sin rendir culto á la santa virtud del trabajo.

Las autoridades, conociendo esas desvergüenzas ó ignorándolas—¡quién sabe!—aparecen cómplices y cómplices del tráfico, y pasan frente al abuso, como las estatuas simbólicas de la justicia: con la venda en los ojos.

Cuando se tiene decoro Es delicioso vivir Con gentes de esa calaña En sociedades así.

País en que esto sucede, Y en que nunca tendrá fin; País que calla, cobarde, Ha de ser un gran país.

NOTAS TELEGRAFICAS

New York, Julio 20.—Según una carta que publica El Currier des Etats Unis, en una sorpresa que sufrieron las tropas españolas en el bosque de Ilana en la isla de Mindanao, los indígenas lograron matar mil soldados.

El número de los asaltantes se hace ascender á cinco mil.

Madrid, idem 21.—Aumentan, en provincias, las divisiones en el seno del partido conservador.

Un periódico de la mañana dice que el señor Cánovas no tiene ya autoridad para mantener la cohesión y disciplina entre sus correligionarios.

Muchos creen que la lucha intestina que desgarró al partido dominante se debe á trabajos de zapa del señor Romero Robledo, enemigo acérrimo del actual Ministro de Gobernación, señor Silvela.

La prensa hace la apología del académico Alarcón, lamentando que la muerte haya privado á las letras españolas de uno de sus más insignes cultivadores.

Nueva York, idem idem.—Según despachos directos de Madrid, ha fallecido en esa capital el célebre novelista don Pedro Antonio de Alarcón.

Idem, idem 22.—Mr. Blaine ha declinado el honor que deseaban hacerle muchos de sus correligionarios, proponiendo su candidatura para la presidencia de la República en la próxima campaña electoral.

Madrid, idem 23.—Se ha concedido título nobiliario de Vizconde de Santa Clara, al primogénito del señor Conde de Galarza.

El Gobierno ha adoptado nuevas precauciones en la frontera hispano-lusitana, en vista de la agitación revolucionaria que reina en Portugal.

Londres, idem idem.—Ha llegado á esta ciudad el príncipe Victor Manuel, heredero del trono de Italia. El recibimiento que se le ha hecho ha sido muy afectuoso; habiendo salido á su encuentro el príncipe de Gales.

Paris, idem 24.—El recibimiento hecho por los rusos á la escuadra francesa ha causado mucha satisfacción en el gobierno de la república.

La prensa se felicita por la cordialidad de las relaciones existentes entre ambas naciones.

El Presidente Carnot devolverá á los rusos las banderas cogidas en la guerra de Oriente.

Paris, idem idem.—Ha ocurrido un terrible choque entre dos trenes de pasajeros, procedentes de París y Saint Mandé. Las víctimas han sido numerosas. Hasta ahora se cuentan quince personas muertas y sesenta heridas.

Idem, idem idem.—Comunican del puerto de Cronstadt que el Czar Alejandro, su esposa la emperatriz María y su prima la reina Olga de Grecia han ido á visitar la escuadra francesa, habiéndose mostrado muy afectuosos con los marineros, á quienes saludaban familiarmente.

En un buque, dado á bordo del Darjaz á la oficialidad francesa, el Czar Alejandro brindó á la salud de Francia, y el

embajador francés Mr. Laboulaye, le contestó bebiendo por la prosperidad de Rusia.

La banda militar tocó la Marsellesa

Idem, idem idem.—La prensa de Berlín publica, sin ninguna clase de comentarios, la noticia de que el emperador Guillermo resbaló á bordo de su yacht, habiéndose caído y lastimado una pierna, hasta el punto de haberle prescrito los médicos que camine lo ménos posible.

Madrid, idem 28.—El señor Sagasta visitará á la Reina Regente en San Sebastián.

Asegúrase que la mayoría de los emigrados desiste de aceptar la amnistía votada por las Cortes. Según parece, influye mucho en este desistimiento la actitud asumida por el señor Ruiz Zorrilla.

Paris, idem idem.—En el choque ocurrido entre dos trenes de recreo, procedentes de Saint Mandé y Paris, ha sido mucho mayor el número de víctimas de lo que se dijo al principio.

Hasta ahora se han recogido cuarenta y tres personas muertas y ciento cuatro heridas, en su mayor parte mujeres y niños.

El choque produjo el incendio de los carros y al tratar de extinguirlo con las bombas algunos pasajeros fueron ahogados.

Se atribuye la catástrofe á descuido y negligencia de algunos empleados. Se cree que serán reducidos á prisión.

Idem, idem idem.—Comunican de San Petersburgo que el gran Duque Alejo, gran almirante de la escuadra rusa, ha obsequiado con un suntuoso banquete á bordo del vapor ruso Asia, al almirante Gervais y á la oficialidad de la escuadra francesa.

El almirante Gervais correspondió al gran Duque con otro banquete á bordo del Marengo. En uno y otro fraternizaron los marineros rusos y franceses.

El Municipio de San Petersburgo prepara los regalos con que trata de obsequiar á los jefes y oficiales de la escuadra francesa.

El Czar Alejandro y el Presidente de la República, M. Sadi Carnot, han cambiado telegramas muy expresivos, manifestando la satisfacción que le causan todos estos hechos.

Madrid, idem 29.—Ha llegado á San Sebastián una embajada marroquí. Se preparan en su honor grandes festejos. Hoy la recibirá la Reina Regente en audiencia solemne.

New York, idem idem.—El periódico democrata The Sun, de esta ciudad, ha publicado un editorial, comentando en términos muy favorables un artículo del General Jordan, que ha visto la luz en la acreditada revista The Forum, y en la que su autor establece que ha llegado á ser una necesidad para los Estados Unidos la adquisición ó incorporación de la isla de Cuba.

Idem, idem idem.—Ha fallecido Mr. Federico Havemeyer, jefe del trust azucarero.

Paris, idem idem.—Toda la prensa de Francia está vivamente excitada por los horrores que se refieren de la espantosa catástrofe de los trenes de Saint Mandé.

Hasta ahora todas las averiguaciones han resultado...

Comunican de San Sebastián que el almirante Gervais y á los jefes y oficiales de su escuadra.

Idem, idem idem.—El Times de Londres publica la noticia, que le comunicó su corresponsal en Rusia, de que el Czar ha mostrado visiblemente su desagrado por las manifestaciones en favor de la república, que se han producido durante las fiestas de la recepción de los marineros franceses.

Paris idem 30.—Comunican de San

Petersburgo que el alcalde de la ciudad, en nombre del municipio, ha obsequiado con un gran banquete á los jefes y oficiales de la escuadra francesa, quienes fueron á las casas consistoriales escoltados por una guardia de honor con banderas desplegadas.

Idem, idem idem.—Contindan cambiando telegramas de felicitación muy expresivos entre el Czar Alejandro, el presidente de la república M. Sadi Carnot y el almirante de la escuadra francesa en Cronstadt, M. Gervais.

Idem, idem idem.—Dicen periódicos muy autorizados que el almirante Gervais no lleva ninguna comisión política á San Petersburgo, sino que el objeto de su visita es demostrar visiblemente las simpatías que unen al pueblo francés y el pueblo ruso.

Londres, idem idem.—En el banquete del Lord Corregidor de esta ciudad, el jefe del gobierno, Lord Salisbury, ha pronunciado un discurso en que afirmaba su completa seguridad de que nada vendría á alterar la paz que felizmente disfrutaban las naciones europeas.

También dijo que el pueblo inglés se prepara á dar la bienvenida á la escuadra francesa, que ha de visitar sus aguas.

Paris, idem idem.—Dicen de San Petersburgo que se ha descubierto una nueva conspiración contra la vida del Czar. Debía estallar en la misma capital.

La policía sorprendió una reunión, cuyos individuos hicieron resistencia al intimárseles que estaban arrestados. En el tumulto quedaron muertos siete individuos, y otros tantos lograron escaparse.

Londres, idem idem.—Dicen de Constantinopla que la epidemia del cólera está haciendo horribles estragos en la Mecas. Las defunciones llegan á ciento cuarenta diarias.

DEBATE PARLAMENTARIO

El señor Labra

(Continuación)

Todavía hay otra nota que estimar, y es la que acusa la excepcional importancia que en las colonias tienen del problema de la inmigración, y el de la producción de las especies privilegiadas y destinadas al consumo universal, al punto que pueda aventurarse la idea de que las colonias producen para los demás. De aquí la importancia extraordinaria que para ellas tienen el mercado extranjero, la comunicación directa con éste y las leyes de los países extraños. No necesito decir nada sobre el valor de la inmigración, ó sea la necesidad de brazos provenientes de todas partes del mundo, y la conveniencia de atraer y alentar en países nuevos las energías individuales, mal contenidas en las sociedades viejas y muy atadas. Y, en fin, sería caer en la vulgaridad el explicar el valor que el capital extranjero tiene en la organización de los empeños coloniales. Por esto, la ley de extranjería y los tratados internacionales figuran entre los elementos primarios de la vida de todas las colonias en el mundo. Pero si concretamos las observaciones á las colonias españolas, y especialmente á aquellas que van á ser objeto de referencias en esta tarde, la cosa toma mayor altura, y mis razonamientos adquieren mayor evidencia. Porque si estimamos que los más graves de nuestros problemas coloniales se desarrollan en el golfo de Méjico, allí donde tenemos nuestras islas de Cuba y Puerto-Rico como el centro de un gran núcleo de actividad, y el punto de partida de la representación de una colosal historia y de un inmenso poderio; si tenemos en cuenta que en este instante se verifica el fenómeno de la concentración de los pueblos sud-americanos, formando con esto como un antemural á la influencia avasalladora de la gran República norteamericana; si tenemos en cuenta que todo esto coincide con un otro movimiento de reincorporación, de atracción ó de aproximación de las antiguas colonias independientes hacia el centro de la madre patria, y si de otro lado se advierte, como viene también afirmando, el concepto de la resurrección de la España moderna en medio del concierto internacional, con destino propio y personalidad claramente definidas, es imposible desconocer que los problemas de nuestra política ultramarina no pueden quedar relegados á una consideración secundaria, ni ser apreciados con la modestia propia de un interés momentáneo y doméstico, puesto que afectan á nuestra representación internacional, á todo nuestro fastoso pasado y á todo nuestro espléndido porvenir. De aquí que yo jamás examine estos problemas con espíritu mezquino, y por los datos y con los supuestos del puro amor propio de una familia determinada, y que me repugne

—¿Y qué ha sido de ella? vuelvo á repetir.

—Estaba entonces Marcelina en Grindelwald y la vispera os dijo, acordón de sus palabras: "¡Volved mañana, Pedro, y si volvéis, será señal de que me amáis aún..."

—Será porque me amáis á pesar de las desigualdades de mi carácter, no obstante ser un hombre, y será, porque me amáis á pesar de todo." Yo os cito sus mismas palabras; cuántas veces me las repetí á mí!

—En el intervalo de ese día y el siguiente os escribí y entregó la carta á ese orgulloso mancebo al que yo conocía, el que se encargó de entregársela en el Hotel de Ginebra.

—Embarachóse y perdió la carta, lo que Marcelina no supo hasta más adelante, porque Jan Jot, no se acordaba de confesarlo, se marchó á Francia, como he repetido á mí.

—Al día siguiente os presenté allí sin imagináros las angustias por las que pasaba Marcelina y volvísteis cuando os había dicho "¡Si volvéis, será porque me amáis á pesar de todo." Y entonces creyó que la perdona-ba.

—¿Y qué fué lo que pensó al ver que yo no hacía ninguna alusión á su carta?

—Se dijo que érais más grande que los demás hombres, y que vuestra alma era de un temple superior á todas. Para terminar os corta Marcelina os decía:

—...para que no tenga que enrojecer, que nada en vuestra mirada la recuerde su terrible confesión."

—Si Marcelina escribió esa carta no os tan culpable.

—¿Lo dudáis?

—¿Quién me lo probará?

—El testimonio del mismo Jan Jot que habló en cuanto Marcelina se lo permitió.

—Jan Jot, un borracho... ¿quién lo creará?

(Continuación)

FOLLETIN (40)
JULES MARY
MARCELINA
Historia española de Francisco Carles
TERCERA PARTE
MARCA DE LAS CORCAS
VI
Callóse Marcelina, bajó la cabeza y Beaufort siguió diciendo:
—Sabíedme que estaba enfermo... si, enfermo del espíritu, tenía esperanzas de salvarme, enviándome ese recuerdo tan querido!

—¡Hablad, señora, hablad, que estoy dispuesto á oírlo todo!
"¡No sufrirá por esa razón más de lo que hasta ahora sufrió y vuestro relato, por poco que sea, por terrible á mi parecer que sea el secreto que me reveléis, nunca llegará á lo que imaginé, á lo que pude pensar desde hace veinticinco años en mis noches de insomnio y en mis días aún más largos que los noches.
—He de hacer un llamamiento á vuestros recuerdos.
—Pondráis hacerlos, son muy precisos.
—¿Cuándo os encontrasteis á Marcelina en Suiza, no hizo todo lo que estuvo á su alcance para evitar vuestra presencia, desalentados y que os alejaseis?
—Sí, se mostró un poco huraña, pero más tarde su carácter se suavizó.
—Marcelina comprendió que la amabais y así mismo que os amaba, y ese amor la horrorizaba.
—¿Tratéis de justificarme? ¿Queréis explicar su conducta ocupándola tal vez? ¡Qué irrisión! Pues bien, hablad, que verdad verdadera curiosidad de oír lo que vais á decirme.
—Marcelina era una joven honrada.
—¡Sí, lo era, perdíed, y ha dado pruebas de ello! Si Marcelina era honrada habiendo sido deshonrada cuando joven, y más tarde engañó á su marido, ¿cómo llamaréis á las mujeres que pueden presentarse con la frente alta sin enrojecer, porque tienen el corazón sin reproche?... Si llamáis honrada á Marcelina, como calificáis á las jóvenes que siendo castas se su inocencia fueran más que castas esposas y hacen que el honor sea el orgullo de su vida?
—¿Y qué se hizo de esa carta? Porque me parece inútil que os diga que la persona á quien iba destinada no la recibió.
—No la hubo... ¡verdad! También lo sabe por un desgracia Marcelina.

culpa un hombre que contó firmemente con la posibilidad de una adolescente y que calculó cual era el alcance de su crimen.
"Marcelina era rica, ese hombre pobre y buscaba una dote; arruinóse Marcelina y el seductor no volvió á parecer más y huyó dejándola en cinta á su víctima.
"En Suiza fué en donde Marcelina dio á luz un niño, y á los pocos meses de ocurrido este suceso os encontré; qué es lo que tenéis que echarla en cara, señor Beaufort? Marcelina me lo contó todo... conozco hasta los secretos más íntimos de su corazón... Hizo todo lo que pudo para que os alejaseis, ya os lo dije y seréis bastante leal para reconocerlo así, ¡por qué os obstináis tanto!
"Por qué no os comprendierdes? Había tanta modestia y reserva en su rostro. ¡Era posible que adivinase una mala acción en aquellos ojos siempre bajos y el impulsor en las pocas y tímidas palabras que se la escapaban?
"¡Oh! Señor Beaufort!—interrumpió Marcelina con acento doloroso.
—Hizo Beaufort un gesto de cólera.
—¿Qué bien representó su comedia esa mujer indigna!
—¿Creéis que no sufría?
—Para sufrir se necesita corazón y Marcelina no lo tuvo.
—La encontrásteis en el sitio en que se ocultaba y la seguisteis á todas partes á donde se fué huyendo de vos. Os pidió que os ocupaseis de ella, ¿fué su culpa? ¿Meat? ¿presencia, palabras y confesiones la causaron un verdadero tormento, y no hicisteis nada cuando por el contrario habríais sido necesarios para su presencia obsecrándola y no pisando más en ella.
—¿Comedial! ¡Comedial! Os repito, vuestro me enamorada excitaba mi pasión, según de que de esa manera me declarabais mi por conseguido así tenerme bajo su dependencia.

—¿Juro que jamás se le ocurrieron tan atroces pensamientos.
—¿Quién os lo dijo?
—No lo dijo ella misma.
—¿Os engañó á vos que érais su amiga de la misma manera que lo hizo conmigo?
—No, porque una vez quiso huir de vuestro lado, y la casualidad, siempre la casualidad! hacia que os cruzásteis de nuevo en su camino.
—Confesad que es muy extraño que la casualidad se encarnizase de esa manera conmigo.
—Vencida al fin por vuestro amor é insistencia, tomé una enérgica resolución, la de coltroarlo todo.
—¿Sí, era su deber impuesto por la honra, ¿no?—ésto habíame hecho sufrir mucho, ¡pero me salvaba... El honor lo impone.
—Y Marcelina no vaciló lo más mínimo.
—¿Qué decía?
—Que Marcelina cumplió con su deber tal como se lo dictaba el honor... ¡quise decirlo todo é intenté en varias ocasiones abordar esa terrible conversación...
—La faltó el valor, fué cobarde.
—¿Y qué mujer su su caso, señor Beaufort, habríais tenido valor de hacerlo? ¿Conocéis vos alguna? Yo no.
—Pudo escribir.
—Eso fué lo que hizo.
—¿Qué me ha escrito á mí?—pregantó Beaufort con amarga ironía.
—Sí, una carta muy larga en la que os contaba toda su vida, desde su niñez y adolescencia pasada al lado de un padre de carácter silencioso y rudo hasta su falta y su despretensión; el drama, en fin, de su vida, sin omitir ningún detalle.
—¿Y qué se hizo de esa carta? Porque me parece inútil que os diga que la persona á quien iba destinada no la recibió.
—No la hubo... ¡verdad! También lo sabe por un desgracia Marcelina.

—¿Juro que jamás se le ocurrieron tan atroces pensamientos.
—¿Quién os lo dijo?
—No lo dijo ella misma.
—¿Os engañó á vos que érais su amiga de la misma manera que lo hizo conmigo?
—No, porque una vez quiso huir de vuestro lado, y la casualidad, siempre la casualidad! hacia que os cruzásteis de nuevo en su camino.
—Confesad que es muy extraño que la casualidad se encarnizase de esa manera conmigo.
—Vencida al fin por vuestro amor é insistencia, tomé una enérgica resolución, la de coltroarlo todo.
—¿Sí, era su deber impuesto por la honra, ¿no?—ésto habíame hecho sufrir mucho, ¡pero me salvaba... El honor lo impone.
—Y Marcelina no vaciló lo más mínimo.
—¿Qué decía?
—Que Marcelina cumplió con su deber tal como se lo dictaba el honor... ¡quise decirlo todo é intenté en varias ocasiones abordar esa terrible conversación...
—La faltó el valor, fué cobarde.
—¿Y qué mujer su su caso, señor Beaufort, habríais tenido valor de hacerlo? ¿Conocéis vos alguna? Yo no.
—Pudo escribir.
—Eso fué lo que hizo.
—¿Qué me ha escrito á mí?—pregantó Beaufort con amarga ironía.
—Sí, una carta muy larga en la que os contaba toda su vida, desde su niñez y adolescencia pasada al lado de un padre de carácter silencioso y rudo hasta su falta y su despretensión; el drama, en fin, de su vida, sin omitir ningún detalle.
—¿Y qué se hizo de esa carta? Porque me parece inútil que os diga que la persona á quien iba destinada no la recibió.
—No la hubo... ¡verdad! También lo sabe por un desgracia Marcelina.

—¿Juro que jamás se le ocurrieron tan atroces pensamientos.
—¿Quién os lo dijo?
—No lo dijo ella misma.
—¿Os engañó á vos que érais su amiga de la misma manera que lo hizo conmigo?
—No, porque una vez quiso huir de vuestro lado, y la casualidad, siempre la casualidad! hacia que os cruzásteis de nuevo en su camino.
—Confesad que es muy extraño que la casualidad se encarnizase de esa manera conmigo.
—Vencida al fin por vuestro amor é insistencia, tomé una enérgica resolución, la de coltroarlo todo.
—¿Sí, era su deber impuesto por la honra, ¿no?—ésto habíame hecho sufrir mucho, ¡pero me salvaba... El honor lo impone.
—Y Marcelina no vaciló lo más mínimo.
—¿Qué decía?
—Que Marcelina cumplió con su deber tal como se lo dictaba el honor... ¡quise decirlo todo é intenté en varias ocasiones abordar esa terrible conversación...
—La faltó el valor, fué cobarde.
—¿Y qué mujer su su caso, señor Beaufort, habríais tenido valor de hacerlo? ¿Conocéis vos alguna? Yo no.
—Pudo escribir.
—Eso fué lo que hizo.
—¿Qué me ha escrito á mí?—pregantó Beaufort con amarga ironía.
—Sí, una carta muy larga en la que os contaba toda su vida, desde su niñez y adolescencia pasada al lado de un padre de carácter silencioso y rudo hasta su falta y su despretensión; el drama, en fin, de su vida, sin omitir ningún detalle.
—¿Y qué se hizo de esa carta? Porque me parece inútil que os diga que la persona á quien iba destinada no la recibió.
—No la hubo... ¡verdad! También lo sabe por un desgracia Marcelina.